

Brasil, nueva potencia mundial

Brazil, new world power

Néstor Hernando Parra*

Resumen

El presente trabajo tiene como finalidad hacer un estudio general de las políticas implementadas en Brasil durante gobiernos como el de Fernando Henrique (1995-2002), Luiz Inácio Lula Silva (2003-2010) y Dilma Russef (2011-), para ver y entender un avance y unos resultados que hoy se hacen evidentes ante la comunidad internacional, de Brasil, un país con una extensión territorial de cerca de 8.5 millones de kilómetros cuadrados (casi la mitad de Suramérica), con más de 200 millones de habitantes, entre otros aspectos, con un modelo de desarrollo económico que combina la apertura comercial con el proteccionismo a su pujante industria diversificada. Es pues, fundamento de este artículo explicar el posicionamiento de Brasil como nueva potencia mundial, teniendo en cuenta los avances y los obstáculos que se han generado durante el desarrollo de este proceso y, sobre todo, resaltando a un Brasil líder suramericano que lucha por superar el subdesarrollo.

Palabras clave

Brasil, subdesarrollo, políticas gubernamentales, avances, potencia mundial.

* Exembajador ante la Organización de Naciones Unidas.

Abstract

The present work aims to make a study of the policies implemented in Brazil for governments such as Fernando Henrique (1995-2002), Luiz Inácio Lula Silva (2003-2010) and Dilma Russef (2011-), to see and understand a progress and results which now are evident to the international community, in Brazil, a country which a land area of 8.5 million square kilometers (almost half of South America), with more than 200 million people, inter alia, with a model of economic development that combines trade liberalization with the protectionism to its diversified booming industry. Thus, this paper explains the positioning of Brazil as the new world power, taking into account the progress and obstacles that have been generated during the development of this process and especially highlighting Brazil, a South American leader who struggles to overcome underdevelopment.

Key words

Brazil, underdevelopment, government policies, advances, world power.

De país de la esperanza, Brasil ha pasado en los dos últimos decenios a formar parte en el concierto mundial del grupo de países emergentes, conocido por la sigla BRIC (Brasil, Rusia, India y China). El tamaño de su población, más de 200 millones de habitantes; el de su extensión territorial, cerca de 8,5 millones de kilómetros cuadrados, casi la mitad de Suramérica; la variedad de recursos naturales, agrícolas, hidráulicos, marítimos y mineros; la continuidad de su política exterior de largo alcance, gracias al poder intelectual, técnico y político de su Cancillería – Itamaraty-; el modelo de desarrollo económico, que combina hábilmente la apertura comercial con el proteccionismo a su pujante industria diversificada, inclusive la aeronáutica y de equipos y materiales bélicos, así como la agroindustria fruto de la modernización de los procesos agrícolas; el descubrimiento de nuevos ricos yacimientos de petróleo especialmente en altamar; el cambio gradual en el sistema político, ahora democrático, con mayor participación social y menor confrontación, explican, entre otros factores, el posicionamiento de Brasil como nueva potencia mundial e indiscutible líder suramericano que lucha por superar el subdesarrollo.

Los gobiernos de Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), Luiz Inácio Lula da Silva (2003-2010) y Dilma Rousseff (2011-), han dado continuidad a las nuevas políticas y programas que han generado ese rápido avance. A partir de Lula, se ha incorporado entre las prioridades del Estado la de reducir de forma acelerada la desigualdad, después de haberse mantenido como el país latinoamericano con el mayor índice GINI, aunque mantiene elevadas tasas de criminalidad en sus principales ciudades, Sao Paulo y Río de Janeiro, rodeadas del cinturones de favelas de pobres que compiten por un espacio donde subsistir, mientras en los condominios contiguos los precios se han cuadruplicado en los últimos cinco años. Conjuntos de favelas en los que el Estado poca presencia tiene, fenómeno común a las grandes urbes de los países de América Latina y que en Brasil tiende a remediarse con programas experimentales político-militares, como el de las Unidades de Policía Pacificadoras –UPP, que adelanta la Policía del Estado de Río de Janeiro con el apoyo de la opinión pública y en parte de las mismas comunidades. La reducción de la pobreza, la extensión de los servicios de educación, de salud y de vivienda han contribuido a que, en los últimos ocho años, cerca de 30 millones de brasileros, antes en estado de marginalidad, participen ahora como ciudadanos en el devenir colectivo e ingresen en el proceso económico, especialmente como consumidores.

Aún subsisten pesados lastres, propios de los países atrasados, que frenan la marcha hacia el objetivo de hacer de Brasil una nación en la que coexistan el progreso y la ética de la justicia social. Una de esas cargas es el grado de corrupción entre políticos y administradores de la cosa pública, lacra obviamente gestada por intereses privados, convirtiéndose en una enfermedad crónica que, con inusitada recurrencia, cobra cabezas de altos dirigentes políticos con lo que desdibuja su imagen

internacional y hace aumentar la desconfianza de los ciudadanos hacia quienes desde el Congreso legislan o desde el Ejecutivo administran.

Otro obstáculo que ralentiza un más ágil desarrollo de la actividad económica radica en el sistema tributario conformado por un variopinto ramillete de impuestos que pesan tanto sobre sus connacionales como sobre empresas nacionales e inversores extranjeros que además alegan escasa seguridad jurídica ante la primacía puntual de medidas proteccionistas y evitan correr riesgos. El sistema bancario también contribuye a enrarecer el ambiente positivo, dado el alto nivel del *spread* entre los intereses que pagan los bancos a los ahorradores y los que cobran a los prestatarios, particularmente en el área de consumo, que es a la que más recurre el ciudadano medio. Sin olvidar el grado de revaluación del real frente al dólar presente hasta principios de 2012, cuando se tomaron medidas de efecto macroeconómico que han frenado esa peligrosa tendencia, justo en un año en que el crecimiento del PIB se ha frenado bruscamente, 1,2 %, con lo que han comenzado a surgir dudas sobre el mismo modelo de desarrollo económico, centrado en su mercado interno bien diferente a México, la otra gran potencia latinoamericana, donde el renglón “exportaciones” en el PIB representa tres veces más que en el del coloso suramericano.

En la esfera política, Brasil ha mantenido durante los últimos decenios una posición que le permite hacer parte del espectro de la Suramérica Atlántica de Izquierda, junto con Venezuela, Uruguay y Argentina, cuya mayor coincidencia se centra en el principio de no-dependencia (de la influencia de Estados Unidos) y de relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo. Su evidente liderazgo en la región le ha llevado a ser uno de los promotores, junto con Venezuela, de la constitución, en 2007, de la Unión de Naciones Suramericanas –UNASUR–, y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños –CECLA–, que acaba de celebrar en Santiago de Chile su primer gran encuentro con la Unión Europea y en cuya reunión fue elegido Raúl Castro, presidente del organismo internacional; dos instituciones en las que no hace parte ni Estados Unidos ni Canadá.

En el campo de la integración comercial regional, Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay constituyeron hace 22 años el Mercado Común del Sur –MERCOSUR–, ampliado a Venezuela a principios de 2012, después de varios años de espera de la aprobación del congreso paraguayo y aprovechando la suspensión temporal de Paraguay. Posiblemente, en breve contará con la participación de Bolivia, que a finales del año pasado ya ha firmado la adhesión de rigor. Sin embargo, los frecuentes desencuentros entre sus dos principales miembros, Brasil y Argentina, por razones comerciales, no han permitido llevar a cabo la filosofía que inspiró a este grupo a formar esta institución supranacional.

Hasta hace unos pocos decenios, causaba extrañeza la falta de interés de la política de Brasil por América Latina y específicamente por Sur América, mientras sus preferencias apuntaban a antiguas colonias lusas en África y a Portugal, lo cual daría validez a la hipótesis de que la injustificada “barrera” del idioma era una de las causas de ese comportamiento. Cuando se hizo evidente la importancia de los países del Pacífico y la de la navegación marítima por sus bajos costos y grandes volúmenes de carga que ahora los grandes trasatlánticos cargan, Brasil diseñó un plan de “integración física” con sus vecinos que privilegiaba la búsqueda de la salida al occidente vía Perú, y hacia el norte, camino entre los Andes y el Amazonas, hasta encontrar su desembocadura al Atlántico antillano. Y, por supuesto, a las de mayor flujo comercial, las que se internan en tierras feraces de sus vecinos Paraguay, Bolivia y Uruguay, donde hay fuertes inversiones de empresarios brasileiros. El plan tiene la ventaja, además, de integrar zonas hasta ahora apartadas de su extenso territorio.

Conocí el plan de integración física de Suramérica en seminario que altos representantes del gobierno de Brasilia llevaron a cabo durante dos días en la Universidad del Rosario de Bogotá en 2001, que nos llenaron de admiración a quienes participamos en el evento. También escuché comentarios a *sotto voce* de que, igualmente, podría tomarse como un plan de “penetración” o “expansión” hábilmente concebido para ampliar el antiguo Imperio del Rey Pedro II - El Magnánimo, libertador de esclavos y real artífice del posicionamiento de Brasil como potencia en el concierto mundial de naciones.

Lo cierto es que, gracias al financiamiento de Brasil a Perú, la “Carretera Interoceánica del Sur” es un hecho y próximamente se modernizarán puertos peruanos y se construirán nuevos como el que ha propuesto una firma china para facilitar la exportación de sus minas de cobre, y el que ya han iniciado Perú y Bolivia en Ilo, que en el futuro contará también con ferrocarril financiado por Pekín que conectará a Brasil, Perú, Bolivia y Chile, con lo que Bolivia tendrá de nuevo acceso al mar después de siglo y medio de que gran franja de territorio de la costa pacífica le fuera arrebatado por Chile, en guerra cuyas consecuencias aún están sangrantes. Todas esas obras facilitarán, a menor costo y tiempo, el acceso de Brasil a los mercados de Asia-Pacífico.

Acemoglu y Robinson, en su ya famoso libro “*Por qué fracasan los países*” (2012), consideran que el cambio de políticas extractivas por políticas inclusivas, que a su turno genera cambios positivos en la políticas e instituciones económicas, hace prever que Brasil seguirá avanzando con paso firme en su camino hacia el éxito. Afirman que: “El ascenso de Brasil desde los setenta no fue diseñado por economistas de instituciones internacionales que daban instrucciones a los diseñadores de políticas

brasileños sobre cómo crear mejores políticas o evitar los fallos de los mercados. No se logró con inyecciones de ayuda exterior. No fue resultado natural de la modernización, sino la consecuencia de varios grupos de personas que construían valientemente instituciones inclusivas. Finalmente, éstas condujeron a instituciones económicas más inclusivas.”

Uno de los avances más consistentes, hasta consolidarse como el líder latinoamericano, es el relativo a la atención que se viene dando a la educación en todos sus niveles, a la investigación científica, a la innovación tecnológica y a la formación nacional, a través de cursos de posgrado y a la captación internacional de investigadores y profesores universitarios con el máximo título académico, doctor, PhD.

Todo lo anterior lleva razonablemente a pensar que, en efecto, Brasil ha adoptado las políticas que le permitirán participar en la “sociedad del posconocimiento”, lo que le garantizaría seguir avanzando en la superación del estado de subdesarrollo e ingresar al selecto club, hasta hace poco nórdico, de los países desarrollados.

Valencia, 9 de febrero de 2013.